

# american most wanted

POR PHILIPP ENGEL  
ILUSTRACIÓN TAMARA  
(ANACRONIC)



**LYDIA LUNCH**  
ROCHESTER (NUEVA YORK), 1959

“La mayoría de hombres con los que he vivido han intentado suicidarse por lo menos una vez.”  
Lydia Lunch (“Paradoxia”)

Se entiende. La primera vez que los gemidos de Lydia Lunch –nacida Lydia Koch– llegaron a los oídos de este cronista fue a través del demoledor “Death Valley 69”, de Sonic Youth, aquella épica y devastadora cita con Charlie Manson que todavía ruge incólume, a pesar de que pronto se cumplirá un cuarto de siglo desde la aparición de “Bad moon rising” (Blast Fist, 84). Por aquel entonces, la Lunch ya tenía legiones de fans con mallas negras. De camarera del CBGB a reina de la No Wave neoyorquina, había colaborado con músicos como James Chance, con quien montó el grupo Teenage Jesus & The Jerks, George Scott –juntos como 8 Eyed Spy– o los Birthday Party, de Nick Cave. En las revistas, aparecía cual luchadora de barro, con expresión de modelo de Private en plena faena. Todo un personaje. Como tal, se convirtió en la protagonista de “Paradoxia. Diario de una depredadora”, originalmente publicado hace una década y ahora rescatado, con nueva traducción, por Melusina.

Como ya avisa Virginie Despentes en un entregado prólogo, esto no es un libro de autobombo sobre los logros de una carrera polifacética. Por si no había quedado claro, se trata básicamente de un diario sexual. De entrada, Lunch evoca la figura de un padre que abusó de ella desde muy temprana edad y es el trampolín para una serie de bocetos sobre sus relaciones con un catálogo de individuos variopintos, que van desde un canibal aficionado a lamerle los pies hasta un motero salvaje que disfruta chapoteando en su orina. Todos con predilección por los polvos guarrotes, incitándola a masturbar a otra compinche con una botella de Coca-Cola o tomando prestadas sus heces para dibujar una Estrella de David (sic) en la puerta de un mugriento lavabo. Al final, un poquito de redención y algunas

preguntas trascendentales que azotan al lector. Reflexiones sobre la muerte: “¿Pero acaso no es la muerte el orgasmo final, el retorno a ese éter espiritual de otro mundo cuyos mismísimos orígenes fueron ciertamente un Big Bang, la explosión definitiva, el caos supremo, cuya resonancia es la vibración que constantemente tratamos de reproducir en todo aquello que hacemos?”. O sobre el suicidio: “¿No podría el suicidio interrumpir el vínculo transgeneracional que ha perpetuado la tradición familiar de comportamiento psicótico?”

Todo esto no hace más que recordarme a Karen Lancaume, una de las dos actrices porno que protagonizaron “Fóllame” (Virginie Despentes, 2000). En aquella película, con un espíritu próximo al de “Paradoxia”, la *Despanto* invertía la tradicional relación dominación / sumisión entre hombres y mujeres al contar, en una mezcla de sexo transgresoramente real y violencia lógicamente impostada, la historia de dos chicas humilladas que buscan venganza sin final cepillándose, en todos los sentidos, a cuantos tipos les salgan al paso. Karen cerró así una etapa de tres años en el porno, un cine del que había salido escaldada y en el que entró por problemas de dinero. A su paso por el Festival de Gijón, donde se presentó el film, dejó el rastro de una auténtica depredadora, aunque también transmitía la sensación de estar bastante desamparada. Cinco años más tarde, puso fin a sus días. Lydia Lunch y casualmente también Virginie Despentes residen ahora en Barcelona (miedo). Se aplaude que, aparentemente marcadas por experiencias traumáticas y un entorno hostil, hayan logrado llevar su trayectoria vital a buen puerto, aunque no por ello podamos afirmar con total seguridad que sus incursiones literarias sean de interés universal. La catarsis personal no es por sí sola un pasaporte a la eternidad, y la reafirmación del yo escupiendo palabras con el coño (o con la polla, si fuera el caso) ha perdido desde hace lustros el atractivo de su singularidad innovadora. Hace falta algo más.

“Mayo del 68. Por la subversión permanente”  
André y Raphaël Glucksmann

TAURUS



Hacia la mitad de “Por la subversión permanente”, aparecen una frase y un momento. El momento: el 30 de mayo de 1968 cuando, tras un mes de tirar adoquines a la sombra de las muchachas en flor y de emborracharse en los cafés de Saint-Germain-des-Prés, la gasolina vuelve a los coches, el pan a las cocinas y De Gaulle al poder real (el poder imaginario, como siempre, se lo quería quedar el estalinista PC Francés). La frase: como parecía que la fiesta se iba terminando y que empezaba el verano, la Internacional Situacionista lanzó su proclama-resumen: “Hemos hecho bailar a París”. Si creemos en la existencia de la belleza poética, este artículo debería haberse terminado aquí. Por razones de espacio es algo que no va a suceder. Por razones de espacio y porque los Glucksmann van bastantes pasos más allá en su libro.

Proclamado traidor oficial de la vía francesa al socialismo (etiqueta que le encanta), André Glucksmann, intelectual de izquierdas y uno de los líderes de la revuelta sesentayochista, decide ofrecer su apoyo a Nicolás Sarkozy y no a Ségolène Royal en las elecciones. Pero en un mitin, Sarkozy decide culpar a Mayo del 68 de la crisis de la escuela, del nihilismo como moda, de la falta de ortografía y hasta de la muerte de Manolete en Linares. Glucksmann, allí presente, decide que ya es hora de explicarle al futuro presidente y a la sociedad europea en qué consistió el jaleo. Y lo hace a través de “Por la subversión permanente” un diálogo socrático con su hijo Raphaël en el que uno pregunta, el otro contesta y todos nos enteramos de lo que ocurrió en aquellos 30 días, de lo que vino después y de los logros y fracasos de la revuelta. A diferencia de las miasmas de libros hagiográficos que, como escapularios de recuerdo de una romería, han llenado los estantes en este 40 aniversario, a “Por la subversión permanente” no se le olvida lo fundamental: que lo sagrado (en todas sus formas) era, precisamente, aquello contra lo que se estaban rebelando. A Glucksmann nadie tiene que contárselo: estuvo allí.

En “Por la subversión permanente” no sólo asistimos a las pintadas que todo el mundo conoce, sino también a la explicación de las mismas. No sólo aparecen las batallitas contadas hasta la saciedad por socialdemócratas que nunca estuvieron allí, sino lo que filosóficamente se consiguió con ellas. Y está, además, la revelación fundamental, inolvidable y desmitificadora que el padre le cuenta al hijo: que fue una mujer, y no una ideología, lo que le llevó a levantar una barricada. **Daniel López Valle**

Nadie se atreve a clasificar a César Aira. Ni él mismo lo hace. Su ingente producción –novela, cuento, ensayo– abarca todo tipo de textos. Hace gala de una fantasía desbordada, pero mantiene, escrupulosamente, la verosimilitud; crea sorpresa en cada página, pero se guarda mucho de dejar cabos sueltos. “Las aventuras de Barbaverde”, su última publicación, es una montaña rusa de fantasía y coherencia.



## César Aira SUPERHÉROE LACANIANO

Texto Carolina León

Ilustración Tamara (Anacronic)

El bien, el mal, la humanidad indefensa y una ciudad (Rosario, Argentina) como decorado. “Hacia años que quería hacer una serie de novelas con un mismo grupo de personajes, el marco tradicional de las viejas series de Batman o Superman: el supervillano, el superhéroe, el joven periodista, una chica bonita...”. El proyecto era seguir produciendo estas novelas hasta su muerte, pero se cansó en la cuarta. Así quedó Las aventuras de Barbaverde. Dentro de esas cuatro novelas, no esperes que Aira se repita. Escribe y publica desde hace treinta años, pero “para que siga valiendo la pena hacerlo, implica plantearse desafíos mayores, subir la apuesta cada vez”.

Pero nada es lo que parece. Dentro de “El gran salmón”, “El secreto del Presente”, “Los juguetes” y “En el gran hotel” hay temas y sentidos que trascienden la novela de aventuras. Mediante los malvados planes del Profesor Frasca, se habla de la distribución de la riqueza, la avaricia del género humano, el devenir de la historia o la abstracción de las finanzas (en el episo-

odio del “remate” que, dice, “me hizo un lío enorme en la cabeza”). Es que, lo que le sale “viene ya condimentado con mis lecturas de Lacan o de Leibniz, la cultura contemporánea, la filosofía o el psicoanálisis...”. Los libros cuentan, además, con una suculenta pareja de protagonistas: Aldo Sabor –periodista inexperto que se “pega” al héroe– y Karina –artista plástica–, amén de una serie de secundarios de trazo grueso con los que se divierte hablándonos del papel irrisorio de las universidades, las intenciones torcidas del arte contemporáneo, la sociedad flanqueada por los medios de comunicación o la generación perdida de la Argentina de hoy.

Aira se aleja conscientemente del discurso surrealista; en el interior de sus aparentes locuras, mantiene un escrupuloso apego a la coherencia: “Me ha quedado de mi vocación original, que era la novela convencional. Me quedó ese gusto por una novela estructurada, como las de Balzac o todo el siglo XIX. Trato de mantener un verosímil, una trama; cuando interviene un

elemento muy extraño, al día siguiente me preocupo de buscarle una concatenación. No me gusta dejar cosas sueltas”.

Y, al mismo tiempo, “mis novelas se hacen sinuosas, porque cada día en efecto se me ocurre una cosa distinta, y la novela tuerce el rumbo. Se hacen imprevisibles. Pero lo son para mí al escribir, porque no sé qué va a pasar, y lo son para el lector”. Las aventuras de Barbaverde desconcierta, apabulla, emociona y atrapa. Como parte del juego, el héroe no tiene, como se acostumbra, una “identidad secreta”, sino que todo él es secreto: “Cuando empecé la primera, la del salmón, se me ocurrió hacer esa escena en los pasillos del hotel, con la figura de Barbaverde que siempre esquivaba; me gustó cómo quedó y salieron cuatro novelas con un protagonista que no aparece nunca”.

Se lo ha pasado como un niño escribiendo: “Fue una empresa larga. Pero no cierro la posibilidad de, dentro de algunos años, escribir ‘Las nuevas aventuras de Barbaverde’”.

## Kovacsics por Kovacsics

Una vez le pregunté a mi padre si él leía. Me miró primero con severidad y luego con una sonrisa. “Claro que leo, leo mucho, muchos libros a la vez”. De hecho, me lo podía imaginar, pues desde que tengo recuerdo siempre los he visto, tanto a él como a mi madre, rodeados de pilas de libros que en estos momentos se acumulan formando un acogedor caos. Sin embargo, esta cuestión me había perseguido desde mi infancia. ¿Lee un traductor?, pensaba yo. Ahora ya lo sé. Y resulta que también sabe escribir. Mi padre, Adan Kovacsics, me trajo su libro, recién publicado, cuando yo estaba en el hospital. Quizá esperaba que con él me curara, pero lo cierto es que no he podido abrirlo hasta haber superado la enfermedad. “Guerra y lenguaje” –así se titula– versa en

torno a una época muy concreta, la de la primera mitad del siglo XX, con su literatura y sus conflictos bélicos. Menciona a Karl Kraus o a Walter Benjamin, pero incluye también pasajes de ficción. Comienza con “La carta” (ese es su título original, escribe mi padre) de Hugo von Hofmannsthal y termina en el silencio de Benjamin. Es como si este libro lo hubiese llevado siempre dentro. Le pregunto un día si esa fijación por el lenguaje se debe a su profesión de traductor o si, al contrario, se hizo traductor por su obsesión con el lenguaje. Me dice que es lo segundo. Primero leyó a Kraus y luego lo tradujo. Y ahora lo cita en un libro que es el espejo de él mismo, en el que se reúnen la Viena de los años sesenta, la pasión por la lengua y el pensamiento, Hungría, una escritura que primero parece algo tímida pero que resulta precisa y cuidada y un gusto por la ficción, pues, como dijo mi madre: a

mi padre siempre le gustó crear personajes. Con este libro se pone del lado del escritor, por encima del periodista, cómplice de la asociación entre guerra y lenguaje. Quizá paradójicamente mi padre siempre tuvo algo de periodista, pues mucho antes de comprar mi primer diario siempre le pedía a él que me “contara” las noticias. Una costumbre que recuperé en mi período de convalecencia. Casi al mismo tiempo que aparecía “Guerra y lenguaje”, Carlos Losilla publicaba “El sitio de Viena. Las huellas de Fritz Lang”. Una coincidencia algo extraña, ya que ambos libros parecen tener vidas paralelas: sendos ensayos con salpicaduras de ficción y de autobiografía que se sumergen en los entresijos de la cultura centroeuropea. Son documentos curiosos, íntimos... así ha intentado ser también este artículo. Violeta Kovacsics